

Nací en 1906 en una familia de las Tierras Bajas de Escocia, aunque me crié en el distrito de Wilmslow, en Cheshire. Éramos una familia grande y feliz compuesta por seis chicos y tres chicas: yo era la séptima hija.

Tenía un carácter poco femenino y me gustaban mucho los animales; y así, aprendí a montar de pequeña, lo cual me resultaría muy útil en los años venideros. Conociendo mi amor a los animales, una señora irlandesa, amiga de la familia, me hizo una oferta especial un día, cuando yo sólo tenía nueve años.

—Peggy —dijo—, soy demasiado vieja para montar en nuestra burra, *Jenny*. Por favor, considérala tuya. —Me encantó la idea y tomé su palabra al pie de la letra. Era la época de la primera guerra mundial, y había un hospital para soldados heridos cerca de nuestra casa. Los miércoles por la tarde nos los daban libres en el colegio, y se me ocurrió una idea.

—Podría llevar a dos soldados de paseo en la tartana —le dije a mi madre—. ¡Si quiere *Jenny*, claro!

Jenny era una criatura bastante contradictoria; con ella todo dependía de que quisiese o no quisiese.

—Sí, supongo que sí —contestó mi madre tras reflexionar unos momentos—. Pero antes debes pedir permiso a la enfermera jefe del hospital.

Margaret D. Williamson

Y allí me fui yo, una niña llena de buenas intenciones, camino del despacho de la jefa de enfermeras. Yo estaba sobrecogida, pero debajo del delantal impecablemente almidonado de aquella mujer debía de haber un buen corazón porque me concedió el permiso y se despidió de mí con una cálida sonrisa.

Los paseos tuvieron mucho éxito. Tras la primera sesión los hombres hacían cola y hubo veces en que no pude llevarlos a todos. *Jenny* se portó bastante bien, aunque siempre estaba deseando volver a casa. ¡A veces corríamos tanto que dábamos la última vuelta sobre una sola rueda!

Este pequeño episodio tuvo continuación. En noviembre de 1918 James, que trabajaba en la sección de telégrafos de la oficina de correos local y que solía llamar por teléfono a mis hermanos los sábados por la noche para darles los resultados de los partidos de fútbol o de críquet, fue a verme.

—En el pueblo hay un gran desfile para celebrar el armisticio —me informó, añadiendo—: Les gustaría que *Jenny* y tú participaseis.

La sorpresa me dejó sin habla.

—¡Oh, no podría hacer semejante cosa!

—No te preocupes por nada —dijo James—. Lustraré los cascos y los arreos y llevaré las riendas.

James me infundió confianza.

—De acuerdo —concedí—, pero será mejor que vayamos al final del desfile.

Así lo hicimos, y *Jenny* se portó de maravilla. James se presentó con una preciosa pancarta, en la que se leía la palabra PAZ, para que yo la llevase, y adornamos la tartana con hojas de laurel, cosa que hizo mucha gracia a mi familia.

Mi padre, James Marshall, era un hombre de negocios que comerciaba con tejidos y viajaba a menudo al extranjero enviado por fábricas de Glasgow, que lo trasladaron a Manchester, en el sur. Buen lingüista, hablaba varios idiomas. ¡Al parecer hablaba español con un marcado acento escocés!

Memorias de la esposa de un diplomático en el Tíbet...

Mi primer contacto con el misterioso Oriente se produjo a través de un tío de mi madre que había trabajado para Jardine Matheson⁴ en Hankou. Compartía una casa cerca de Lockerbie, en Dumfriesshire, con su hermano y dos hermanas, y allí se crió mi madre; en mi niñez visité la casa muchas veces. Recuerdo con toda claridad los fascinantes objetos orientales que el tío William Dobie había traído de China.

Cuando cumplí quince años me enviaron a un internado, el de Brentwood en Southport, siguiendo los pasos de mis hermanas. Sin embargo, un contratiempo en la fortuna familiar, en realidad un verdadero trauma para todos los afectados, significó que mi educación se interrumpiese al cabo de un año, pues mi padre había perdido gran parte de su capital. No obstante, la familia se recobró y sobrellevó bien la desgracia. La mayoría de mis hermanos estaban casados y ya no dependían económicamente de mis padres.

Aunque tuve que abandonar mi educación sin completarla, no estaba dispuesta a quedarme en casa esperando, muerta de impaciencia. Pedí prestadas cincuenta libras a mi madre y me matriculé en el mejor curso de secretariado que encontré, decidida a ganarme la vida en cuanto pudiese. No era fácil conseguir trabajo en los años veinte, de incertidumbre económica; pero con gran satisfacción y antes de concluir el curso de secretariado, logré un excelente puesto en la Academia de Baile de Madge Atkinson y Mollie Suffield en Manchester. Ganaba la principesca suma de dos libras con diez chelines por cinco días y medio de trabajo a la semana.

Sin embargo, en 1932 unas inesperadas vacaciones en el sur de Inglaterra desatarían una serie de acontecimientos que iban a cambiar mi vida. El apresurado viaje a Torquay me alejó de mi hogar en el norte de Inglaterra y me puso en la senda de la corte del dalai lama del Tíbet y de los reinos apenas conocidos de Bután y Sikkim.

4. Corporación internacional fundada en 1832, con sede en Hong-Kong, que se dedicaba al tráfico comercial entre Asia y Europa, a la construcción de ferrocarriles y a los seguros. En la actualidad es un holding empresarial.

Margaret D. Williamson

En 1932 Frederick Williamson, del Departamento Exterior y Político del Gobierno de la India, agregado político en funciones de Sikkim, regresó a Inglaterra de permiso. Mi familia conocía a los Williamson (también de un linaje de las Tierras Bajas de Escocia) de toda la vida, y Frederick, al que llamaban Derrick, vivía habitualmente con sus tíos, Rupert y Dorothy Williamson en Bury, Lancashire, cuando visitaba el país. Sin embargo en aquel permiso, el cuarto que disfrutaba en Inglaterra, otro tío había puesto generosamente a su disposición una estupenda casa moderna en Torquay. Un día me encontré por casualidad a la tía de Derrick, que me habló de su sobrino.

—Debo ir a verlo —me dijo—. Por desgracia, tendré que coger el tren, y los viajes largos en tren me aburren muchísimo.

Medio en broma repuse:

—Oh, olvídense del tren. La llevaré en coche.

Cuál no sería mi sorpresa cuando aceptó, y como tenía libre la semana de Pentecostés, no surgieron problemas en el trabajo.

En otra época había tratado mucho a Derrick Williamson. Nos había visitado en numerosas ocasiones, aunque como me llevaba quince años y yo me lo pasaba muy bien a mi aire, no hice demasiado caso a sus visitas.

Sin embargo, en esa ocasión las cosas tomaron un rumbo distinto. Cuando llegamos a Torquay, Derrick y yo nos sentimos muy unidos. Disfrutábamos tanto de la compañía mutua que los demás se dieron cuenta y nos dejaron solos. Paseábamos o, simplemente nos sentábamos a hablar y hablar. Naturalmente, Derrick contaba muchas anécdotas de todos los lugares de Oriente en los que había estado destinado y de los que había visitado en sus permisos, y yo lo escuchaba con fascinación. Transmitía tanto amor y entusiasmo por los pueblos y los países en los que había trabajado, sobre todo por Sikkim, Bután y el Tíbet, que era imposible no sentirse cautivada.

Una tarde estábamos hablando del Himalaya mientras el sol se ponía con fiera majestuosidad sobre el océano cuando Derrick hizo una pausa y me preguntó si me gustaría ir a Sikkim al año siguiente.

Memorias de la esposa de un diplomático en el Tibet...

Me quedé tan sorprendida que no se me ocurrió nada que decir, pero tras pensarlo unos instantes respondí que me encantaría.

No se habló más del asunto: evidentemente, no se trataba de una proposición de matrimonio definitiva. Sin embargo, en los meses siguientes, tras el regreso de Derrick a su puesto en Sikkim, comencé a recibir cartas desde Oriente. El tema de mi viaje se suscitó de nuevo y se convirtió en realidad. Para mí nunca había sido un dilema: estaba segura de que quería ir. Por último, acordamos que iría en la primavera de 1933.

Pero antes había que salvar dos grandes obstáculos: tenía que decirselo a mis padres y pedirles permiso y, luego, reunir dinero para pagar el pasaje.

Mi madre no fue un problema. Cuando le expliqué la situación, se limitó a sonreír con aire cómplice y dijo:

—Ya me parecía que tramabais algo así. —Se mostró muy comprensiva.

Pero mi padre era otro cantar. Le llevaba casi veinte años a mi madre y tenía el carácter típico de un patriarca victoriano, así que lo abordé con cierto nerviosismo. Cuando al fin me armé de valor, escuchó atentamente todo lo que le dije y reaccionó de modo muy distinto a lo que yo esperaba. Permaneció en su sillón, reflexionando en silencio.

—Se trata de tu vida —dijo al fin—. Pero si las cosas no van bien entre Derrick y tú, recuerda que aquí tienes un lugar con tu familia.

Estaba encantada y me pareció maravilloso que un padre victoriano dijese algo así. Quedamos en que, cuando me reuniese con Derrick, enviaría un telegrama a casa para decir si me quedaba o si prefería regresar con los míos.

El aspecto económico resultó más problemático. No tenía forma de ahorrar el dinero necesario de mi modesto salario y, por supuesto, tampoco podía pedir ayuda a mis padres, que ya tenían sus propias preocupaciones en ese punto. Sin embargo, había una solución. Mi madre se había criado con dos tías, la tía Mary y la tía Maggie, cuyos nombres nos habían puesto a mi hermana mayor y a mí. La tía Mary

Margaret D. Williamson

le había dejado a mi hermana Mary quinientas libras y ésta podía prestarme las doscientas cincuenta libras que yo necesitaba, cosa que se ofreció a hacer en cuanto le expliqué la situación. Por mi parte, acepté su amable ofrecimiento porque sabía que lo que había hecho tía Mary por ella también lo haría tía Maggie por mí, así que antes o después podría devolverle el dinero a mi hermana. Estaba apostando, lo reconozco, pero apostando sobre seguro.

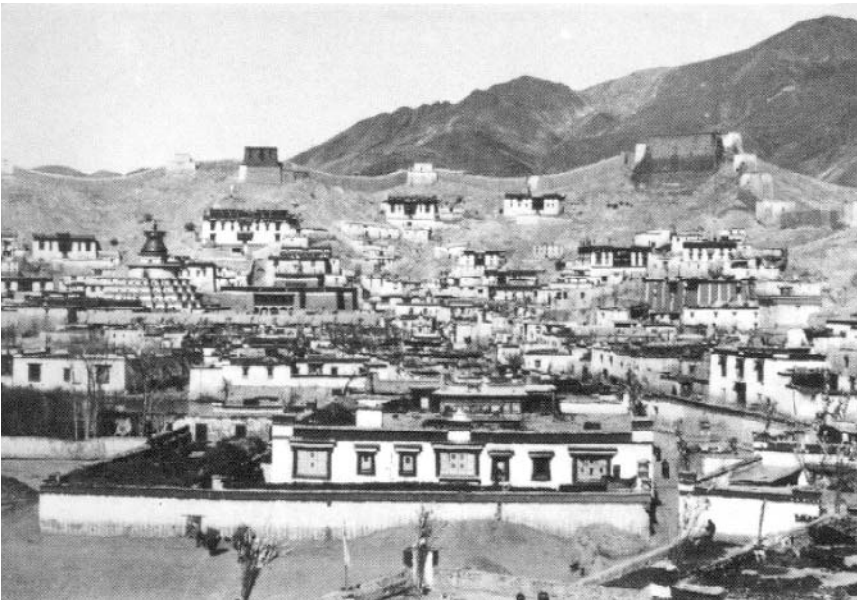
Así pagué mi billete y me quedó una pequeña suma para comprar las pocas cosas que necesitaba. Mis hermanas y mis amigas se reunieron y me ayudaron a hacer el ajuar en sesiones vespertinas de costura. Cuando acabamos, tenía de todo, salvo el vestido de novia. Me pareció que llevar uno sería tentar a la Providencia.

Mi hermano mayor, Jim, al que siempre me había sentido muy unida, me consiguió una litera en un barco que hacía la ruta de Liverpool a Calcuta, y al fin llegó el día de mi marcha. Tanto los Williamson como los Marshall acudieron al muelle a despedirme. Para mí fue una ocasión feliz y triste a la vez. Ambas familias hicieron todo lo posible para que me sintiese arropada. El 4 de marzo de 1933 partí rumbo a Oriente.

Memorias de la esposa de un diplomático en el Tibet...



La gran *thangka* de Gyangze.



Ciudad de Gyangze, vista del gran *chörten* y del monasterio de Palkor Choide.

Margaret D. Williamson



Frank Ludlow en el monte Kailas.



Mi hermano Bill Marshall con Derrick, el señor y la señora Mira Gyalwa (agente comercial tibetano en Yatung) y Norbhu, en agosto de 1931.

Memorias de la esposa de un diplomático en el Tibet...

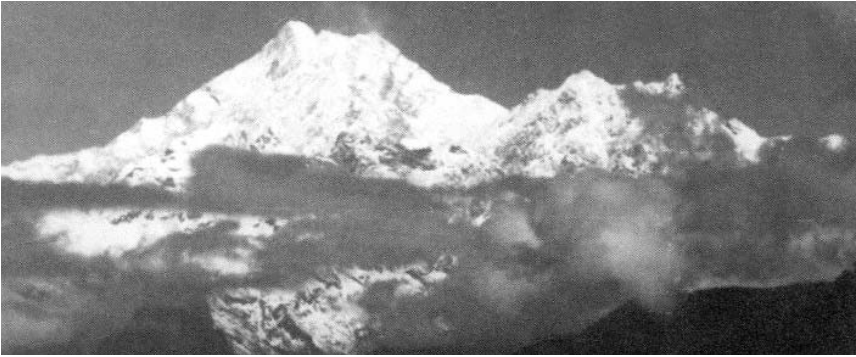


Águila cazadora en Kashgar.

Margaret D. Williamson



La Residencia de Gangtok.



El monte Kanchenjunga desde la Residencia.



Bazar de Gangtok.

Memorias de la esposa de un diplomático en el Tibet...



Yo con Bess, Robert Toplis y Bruce.



Ashi, *mali* jefe (jardinero).



Jardinero.

